169

ENCICLICA "DIVINI REDEMPTORIS PROMISSIO"(*)

(19-III-1937)

ACERCA DEL COMUNISMO ATEO

A LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMAS ORDINARIOS EN PAZ Y COMUNION CON LA SEDE APOSTOLICA

PIO PP. XI

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

AAS 29 65 1. **Introducción: La lucha entre el bien y el mal; persecución de la Iglesia.** La promesa de un divino Redentor ilumina la primera página de la historia de la humanidad y así una confiada esperanza de tiempos mejores alivió el dolor del perdido *paraíso*(1a) y acompañó al humano linaje en su atribulado camino hasta que, en *la plenitud de los tiempos*(1b) el Salvador del mundo viniendo al a tierra, satisfizo esa expectativa e inauguró una nueva civilización universal, la civilización cristiana, inmensamente superior a aquella a que el hombre trabajosamente había llegado en algunas naciones más privilegiadas.

66 Pero en el mundo continuó la lucha entre el bien y el mal como triste herencia de la culpa criminal, y el antiguo tentador no desistió nunca de engañar a la humanidad con falaces promesas. Por eso, en el curso de los siglos, una a otra se sucedieron las conmociones hasta la revolución de nuestros días, la que o ya se ha desencadenado o amenaza seriamente, puede decirse, en todas partes y sobrepuja en amplitud y violencia cuanto se ha experimentado en las precedentes persecuciones contra la Iglesia. Pueblos enteros se hallan en el peligro de volver a caer en una barbarie peor que aquella en que yacía la mayor parte del mundo al aparecer el Redentor.

Como ya lo hemos comprendido, Venerables Hermanos, este peligro inminente es el comunismo bolchevique y ateo que tiende a destruir el orden social y a socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana.

I

2. **Actitud de la Iglesia frente al comunismo.** Frente a esta amenaza la Iglesia Católica no podía callar y no calló. No calló particularmente esta Sede Apostólica que sabe que es especialísima misión suya la defensa de la verdad y de la justicia y de todos los bienes eternos que el comunismo desconoce y combate. Ya desde los tiempos en que círculos cultos pretendieron libertar la civilización humana de los vínculos de la moral y de la religión, Nuestros Predecesores llamaron abierta y explícitamente la atención del mundo hacia las consecuencias de la descristianización de la sociedad humana. Y en cuanto al *comunismo,* ya desde 1846 Nuestro venerado Predecesor Pío IX, de santa memoria, pronunció una solemne condenación, confirmada luego en el *Syllabus,* contra la *nefanda doctrina del así llamado comunismo, sumamente contraria al mismo derecho natural, la cual, una vez admitida, acarrearía una radical subversión de los derechos, de las cosas, de las propiedades de todos y de la misma sociedad* 67

(*) A. A. S. 29 (1937) 65-106. Es significativa la coincidencia temporal casi perfecta de la Encíclica anterior (14-III) contra el Hitlerismo con ésta contra el comunismo ateo.

(1a) Ver Génesis 3, 23.

(1b) Galat. 4, 4.

humana[1c]. Más tarde, otro Predecesor Nuestro, de inmortal memoria, LEÓN XIII en la Encíclica *Quod Apostolici muneris,* lo definía *peste asoladora que atacando la médula de la sociedad humana, la conduciría a la ruina*[2]; y con una visión clara indicaba que los movimientos ateos de las muchedumbres en la época del tecnicismo tenían su origen en la filosofía que, siglos hacía, intentaba separar la ciencia y la vida de la fe y de la Iglesia.

3. **Actos del presente Pontificado.** También Nos, durante Nuestro Pontificado, a menudo y con solícita insistencia, hemos denunciado las corrientes ateas que avanzaban amenazadoras. Cuando en 1924 Nuestra misión de socorro retornaba de la Unión Soviética, Nos hemos pronunciado contra el comunismo en especial alocución dirigida al mundo entero[3]. En Nuestras Encíclicas *Miserentissimus Redemptor*[4], *Quadragesimo Anno*[5], *Caritate Christi compulsi*[6], *Acerba animi*[7] y *Dilectissima Nobis*[8], hemos elevado una solemne protesta contra las persecuciones desencadenadas ya en Rusia, ya en Méjico, ya en España; y todavía no se ha apagado el eco universal de las alocuciones por Nos pronunciadas el año pasado en ocasión de la inauguración de la *Exposición Mundial de la Prensa Católica,* de la audiencia a los prófugos españoles y del mensaje por la fiesta
68 de Navidad. Aun los más encarnizados enemigos de la Iglesia que desde Moscú dirigen esta lucha contra la civilización cristiana, con sus incesantes ataques de palabra y de obra atestiguan que el Papado, también en nuestros días, ha continuado fielmente tutelando el santuario de la religión cristiana, y que con más frecuencia y de un modo más persuasivo que cualquier otra autoridad pública terrenal ha llamado la atención sobre el peligro comunista.

4. **Necesidad de otro documento solemne.** Pero, no obstante estas repetidas advertencias paternales, que han sido tan fielmente transmitidas a los fieles y comentadas por Vosotros, Venerables Hermanos, con gran satisfacción Nuestra, en numerosas cartas pastorales de las que muchas son colectivas, el peligro se abrava día a día al impulso de hábiles agitadores. Por eso Nos creemos deber Nuestro levantar nuevamente Nuestra voz con un documento aun más solemne, como es costumbre de esta Sede Apostólica, Maestra de verdad, y como lo requiere el deseo de todo el mundo católico. Y confiamos que el eco de Nuestra voz llegue doquiera se encuentren espíritus libres de prejuicios y corazones sinceramente deseosos del bien de la humanidad; tanto más cuanto que Nuestra palabra, en estos momentos, desgraciadamente sube de valor a la vista de los amargos frutos de las ideas subversivas que Nos hemos previsto y anunciado y que terriblemente se multiplican ya de hecho en los países dominados por el comunismo, ya inminentes en los demás países del mundo.

Por esto Nos queremos exponer una vez más, como en breve síntesis, los principios del *comunismo* ateo como se manifiestan principalmente en el *bolchevismo* con sus métodos de acción, contraponiendo a estos falsos principios la luminosa doctrina de la Iglesia e inculcando nuevamente con insistencia los medios con que sólo la civilización cristiana, la *sociedad* verdaderamente *humana,* puede ser salvada de este sa-

(1c) *Pío IX,* Encícl. *Qui pluribus,* 9-XI-1846; Acta Pii IX, vol. I, 13; en esta Colecc.: Encíclica 11, 10, pág. 91; véase *Syllabus,* inciso IV; ASS. 3 (1846) 170; en esta Colecc.: Encícl. 24, § IV, p. 163.

(2) *León XIII,* Carta Encícl. *Quod Apostolici Muneris,* 28-XII-1878; Acta Leonis XIII, vol. I, 170-183; ASS. 11 (1878/79) 369; en esta Colecc.: Encíclica 31, 1, pág. 224.

(3) *Pío XI,* Alocución, 18-XII-1924. AAS. 16 (1924) 494-495.

(4) *Pío XI,* Encícl. *Miserentissimus Redemptor,* 8-V-1928; (AAS 20 [1928] 165-178); en esta Colecc.: Encícl. 142, 3 pág. 1122 y 142, 12 pág. 1126.

(5) *Pío XI,* Encícl. *Quadragesimo Anno,* 15-V-1931; AAS. 23 (1931) 177-228; en esta Colección: Encícl. 154, págs. 1273-1331.

(6) *Pío XI,* Encícl. *Caritate Christi compulsi,* 3-V-1932. AAS. 24 (1932) 177-194; en esta Colecc.: Encícl. 159, pág. 1371.

(7) *Pío XI,* Encícl. *Acerba animi,* 29-IX-1932; AAS. 24 (1932) 321-332; en esta Colección: Encí- Encíclica 160 págs. 1382-1288.

(8) *Pío XI,* Encícl. *Dilectissima Nobis,* 3-VI-1933; AAS. 25 (1933) 261-274; en esta Colecciou: Encíclica 161 págs. 1389-1395.

69 tánico flagelo y mayormente desenvuelta para el verdadero bienestar de la humana sociedad.

II

5. Doctrina y frutos del comunismo. El *comunismo* de hoy, de un modo más acentuado que otros movimientos semejantes del pasado, involucra una idea de falsa redención. Un pseudo-ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad en el trabajo impregna toda su doctrina y toda su actividad con un falso misticismo que comunica a las muchedumbres atraídas con el cebo de falaces promesas un empuje y un entusiasmo contagioso, especialmente en tiempos como los nuestros, en que de una defectuosa distribución de las cosas de este mundo resulta una insólita miseria. Más aun, este pseudo-ideal se ufana de haber sido el iniciador de cierto progreso económico que, cuando es real, se explica por otras causas, como ser por la intensificación de la producción industrial en países poco manufactureros, valiéndose de enormes riquezas naturales y por la adopción de métodos brutales para llevar a cabo ingentes empresas con poco gasto.

La doctrina que el *comunismo* encubre bajo apariencias a veces muy seductoras se funda, en la actualidad, sustancialmente en los principios ya predicados por MARX del *materialismo* dialéctico y del materialismo histórico, cuya única genuina interpretación pretenden poseer los teorizantes del *bolchevismo*. Esta doctrina enseña que no hay más realidad que la materia con sus fuerzas ciegas, la que evolucionando llega a ser planta, animal, hombre.

También la sociedad humana no es más que una apariencia y una forma de la materia que evoluciona del modo dicho y que por una ineluctable nece-
70 sidad tiende, en un perpetuo conflicto de las cosas, hacia la síntesis final de una sociedad sin clases. En esa doctrina, como es evidente, no hay lugar para la idea de Dios; no existe diferencia entre espíritu y materia, ni entre alma y cuerpo; no hay sobrevivencia del alma después de la muerte y por ende ninguna esperanza de otra vida. Insistiendo en el aspecto dialéctico de su *materialismo,* los *comunistas* pretenden que el conflicto que lleva al mundo hacia la síntesis final puede ser acelerado por los hombres. Por eso se esfuerzan en tornar más agudos los antagonismos que surgen entre las diversas clases de la sociedad, y la lucha de clases, con sus odios y con sus destrucciones, toma el aspecto de una cruzada por el progreso de la humanidad. En cambio, todas las fuerzas cualesquiera que ellas sean, que resisten a esas violencias sistemáticas deben ser aniquiladas como enemigas del linaje humano.

6. A qué se reducen el hombre y la familia. Además, el *comunismo* despoja al hombre de su libertad, principio espiritual de su conducta moral, y priva a la persona humana de toda dignidad y de todo freno moral contra el asalto de los ciegos instintos. No se reconoce al individuo, frente a la colectividad, derecho alguno natural de la personalidad humana, la que en el comunismo no es más que una simple rueda y engranaje del sistema; en las relaciones de los hombres entre sí, se sostiene el principio de la igualdad absoluta, negando toda jerarquía y toda autoridad establecidas por Dios, incluso la de los padres y que todo cuanto existe de la llamada autoridad y subordinación deriva de la colectividad como de primera y única fuente. Tampoco se reconoce a los individuos derecho alguno de propiedad de los bienes de la naturaleza y de los medios de producción, como quiera que, siendo fuentes de otros bienes, su posesión acarrearía el dominio de un hombre sobre otro. Precisamente por esto deberá destruirse radicalmente esta clase de propiedad privada, como primer origen de toda esclavitud económica.

Negando a la vida humana todo ca- 71
rácter sagrado y espiritual, esta doctrina naturalmente convierte el matrimonio y la familia en instituciones puramente artificiales y civiles, esto es, fruto de un determinado sistema económico, y niega la existencia de un vínculo matrimonial de naturaleza jurídico-moral que se sustraiga al beneplácito de los

individuos o de la colectividad, y consiguientemente su indisolubilidad. En particular, para el *comunismo* no existe vínculo alguno de la mujer con la familia y con el hogar. Proclamando el principio de la emancipación de la mujer, la saca de la vida doméstica y del cuidado de los hijos para arrastrarla a la vida pública y a la producción colectiva en la misma medida que al hombre, entregando a la colectividad el cuidado del hogar y del a prole[9a]. Niega finalmente a los padres del derecho de educación, que es considerado como un derecho exclusivo de la comunidad, en cuyo nombre y por cuyo mandato solamente los padres pueden ejercerlo.

7. **¿Qué llegaría a ser la sociedad?** Y entonces, ¿qué sería la sociedad humana asentada en esos fundamentos materialistas? Sería una colectividad sin más jerarquía que la del sistema económico. Tendría como única función la producción de los bienes por medio del trabajo colectivo y como fin el goce de los bienes de la tierra en un paraíso en que cada uno *daría a proporción de sus fuerzas y recibiría proporcionalmente a sus necesidades.*

El *comunismo* reconoce a la colectividad el derecho, o mejor dicho, el arbitrio ilimitado de someter a los individuos al trabajo colectivo, sin miramiento alguno por su bienestar personal, aun contra su voluntad y hasta con la violencia. En esa colectividad tanto la moral como el orden jurídico no serían más que una emanación del sistema económico del momento, por tanto de origen terrenal, mudable y caduco. En
72 pocas palabras, se pretende introducir una nueva era y una nueva civilización que sea fruto solamente de una ciega evolución: *una humanidad sin Dios.*

Y luego, cuando todos hayan adquirido las cualidades colectivas, en la utópica condición de una sociedad sin diferencia alguna de clases, el estado político, que ahora sólo se concibe como el instrumento de dominación de los capitalistas sobre los proletarios, perderá su razón de ser y se *disolverá;* pero hasta que no se haya realizado esta venturosa condición, el estado y el poder estatal son para el comunismo el medio más eficaz y universal para conseguir su fin.

¡He aquí, Venerables Hermanos, el nuevo presunto evangelio que el comunismo bolchevique y ateo anuncia a la humanidad, como mensaje saludable y redentor! Un sistema henchido de errores y sofismas, en contradicción con la razón y con la revelación divina, subversivo del orden social porque lleva a la destrucción de sus fundamentos, desconocedor del verdadero origen, de la naturaleza y del fin del Estado, negador de los derechos de la humana personalidad, de su dignidad y de su libertad.

8. **Difusión del comunismo.** Pero, ¿cómo se explica que un sistema, tiempo ha científicamente superado y refutado por la realidad práctica, cómo se explica, decimos, que un sistema de esa naturaleza pueda difundirse tan rápidamente en todas las partes del mundo? La explicación está en que pocos han podido penetrar en la verdadera naturaleza del *comunismo* y los más ceden a la tentación hábilmente presentada tras las más seductoras promesas. So pretexto de que sólo se quiere mejorar la suerte de las clases trabajadoras, extirpar abusos reales producidos por la economía *liberal* y obtener una más 73
equitativa distribución de los bienes terrenos —fines indudablemente muy legítimos— y aprovechando la universal crisis económica, se consigue atraer a la esfera de influencia del comunismo aún a agrupaciones que por principio rechazan todo materialismo y todo terrorismo. Y como todo error contiene siempre una partícula de verdad, esta parte de verdad que hemos indicado, presentada astutamente en tiempo y lugar oportunos para cubrir, cuando conviene, la crudeza asquerosa e inhumana de los principios y de los métodos del comunismo, seduce también a espíritus nada vulgares, hasta el punto de convertirlos a su vez en apóstoles ante

(9a) Ver *Pío XI* Encíclica *Casti Connubii*, 31-XII-1930; AAS. 22 (1930) 567; en esta Colección: Encíclica 151, 58, pág. 1248.

las jóvenes inteligencias todavía poco aptas para advertir sus intrínsecos errores. Los heraldos del comunismo saben además aprovechar los antagonismos de raza, las divisiones y oposiciones de los diversos sistemas políticos y hasta la desorientación en el campo de la ciencia sin Dios, para infiltrarse en las universidades y corroborar los principios de su doctrina con argumentos pseudo-científicos.

Para explicar cómo el comunismo ha conseguido el ser aceptado sin examen por tan grande muchedumbre de obreros, conviene recordar que éstos ya estaban preparados por el abandono religioso y moral en que habían sido dejados por la economía *liberal*. Con los turnos de trabajo aun dominical no se daba a los obreros tiempo para satisfacer los más graves deberes religiosos en los días festivos, y no se pensó en construir iglesias junto a las fábricas ni en facilitar la acción del sacerdote, antes, por el contrario, se continuó promoviendo positivamente el *laicismo*. Por tanto, se recoge ahora la herencia de errores tantas veces denunciados por
74 Nuestros Predecesores y por Nos, y no es de extrañar que en un mundo ya ampliamente descristianizado se difunda el error comunista.

Además, la difusión tan rápida de las ideas comunistas, que se infiltran en todos los países grandes y chicos, cultos y menos desarrollados, hasta el punto que ningún rincón de la tierra no esté contaminado, se explica por una propaganda verdaderamente diabólica como tal vez no se ha visto igual en el mundo; propaganda dirigida por un solo centro y que con mucha habilidad se adapta a las condiciones de los diversos pueblos; propaganda que dispone de grandes medios financieros, de gigantescas organizaciones, de congresos internacionales, de innumerables fuerzas bien adiestradas; propaganda que se realiza por medio de hojas volantes y revistas, en los cinematógrafos, en los teatros, con la radio, en las escuelas y hasta en las universidades, y que penetra poco a poco en todas las categorías aun de las mejores poblaciones, sin casi percatarse del veneno que siempre más y más invade las inteligencias y los corazones.

Una tercera y poderosa ayuda de la difusión del comunismo es la verdadera conjuración del silencio en una gran parte de la prensa no católica de todo el mundo. Decimos conjuración, porque no puede explicarse de otra manera que una prensa tan ávida de dar relieve a insignificantes incidentes diarios, haya podido por tanto tiempo callar los horrores cometidos en Rusia, en Méjico y también en gran parte de España, y habla relativamente tan poco de la vasta organización universal como es el comunismo de Moscú. Este silencio es debido en parte a razones de una política poco previsora y es favorecido por varias fuerzas ocultas que 75
hace tiempo se empeñan en destruir el orden social cristiano.

9. **Dolorosos efectos.** Mientras tanto los dolorosos efectos de esta propaganda están a la vista. Donde el comunismo ha logrado afirmarse y dominar —Nos referimos con singular afecto paternal a los pueblos de Rusia y de Méjico—, se ha empeñado por todos los medios en destruir, como lo proclama abiertamente, desde sus fundamentos la civilización y la religión cristianas extinguiendo en los corazones de los hombres, especialmente de la juventud, todo recuerdo de ellas. Obispos y sacerdotes han sido desterrados, condenados a trabajos forzados, fusilados y ultimados de los modos más inhumanos, y simples laicos, por haber defendido la religión, han sido tenidos por sospechosos, vejados, perseguidos y llevados a las cárceles y ante los tribunales.

Donde, como en Nuestra carísima España, el flagelo comunista no ha tenido todavía tiempo de hacer sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desencadenado en cambio con una violencia más feroz. ¡No se ha destruido una que otra iglesia, uno que otro claustro, sino que, cuando ha sido posible, se arrasó todas las iglesias, todos los claustros y todo vestigio de religión

cristiana aun cuando estuviesen vinculados con los más insignes monumentos del arte y de la ciencia! El furor comunista no se ha limitado a matar obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y de religiosas, dando caza particularmente a los religiosos y religiosas que se dedicaban con mayor empeño al bien de los obreros y de los pobres, sino que también sacrificó un número mayor de víctimas entre los laicos de toda categoría que hasta el presente, y se puede decir todos los días, son sacrificados en compañías enteras por el solo hecho de ser buenos cristianos o al menos contrarios al ateísmo comunista. Y esta espantosa destrucción se ha llevado a cabo con un odio, una barbarie y una ferocidad que se consideraban imposibles en nuestros tiempos. No puede haber hombre privado que piense serenamente, ni
76 hombre de Estado consciente de su responsabilidad, que no se estremezca al pensar que cuanto hoy acaece en España se repita quizás mañana en otras naciones civilizadas.

10. **Frutos naturales del sistema.** No se puede decir que esas atrocidades son un fenómeno transitorio común a todas las grandes revoluciones y aislados excesos de exasperación ordinarios en todas las guerras; no, son frutos naturales del sistema falto de todo freno interno. Es necesario un freno tanto al individuo como al hombre en sociedad. Aun los pueblos bárbaros han tenido este freno en la ley natural esculpida por Dios en el alma de todos los hombres. Y cuando esta ley natural ha sido mejor observada, se vio aún a naciones antiguas alcanzar una grandeza que todavía deslumbra más de lo conveniente a algunos superficiales cultores de la historia humana. Mas si se arranca del corazón de los hombres la noción misma de Dios, necesariamente son éstos arrastrados por sus pasiones a la más feroz barbarie.

Esto es lo que desgraciadamente estamos viendo. Por vez primera en la historia asistimos a una lucha, friamente calculada y prolijamente preparada, del hombre contra *todo lo que es divino*[9b]. El comunismo es por naturaleza antireligioso, y considera a la religión como *el opio del pueblo* porque los principios religiosos, que hablan de la vida eterna, distraen al proletario de tender a la consecución del paraíso soviético que es de esta tierra.

Pero no se conculca impunemente a la ley natural y a su Autor; el *comunismo* no ha podido ni podrá obtener su intento ni siquiera en el campo puramente económico. Es verdad que en Rusia se ha podido contribuir a sacudir 77
hombres y cosas de una larga y secular modorra y conseguir con toda clase de medios, a menudo sin escrúpulos, algún éxito material; pero sabemos por insospechables testimonios, de los cuales algunos muy recientes, que de hecho ni aun en eso ha logrado el fin que se había propuesto; sin contar la esclavitud que el terrorismo ha impuesto a millones de hombres. También en el campo económico es indispensable alguna moral, algún sentimiento moral de la responsabilidad, que no tienen lugar en un sistema genuinamente materialista como el comunismo. Para sustituirlo ¿qué más queda que el terrorismo, como lo vemos precisamente hoy en Rusia, donde los viejos compañeros de conjuración y de lucha se exterminan mutuamente, un terrorismo que por lo demás no logra detener no ya la corrupción de costumbres, sino tampoco la disolución de la estructura social?

Mas con esto no queremos en modo alguno condenar en conjunto a los pueblos de la Unión Soviética, por los cuales en cambio abrigamos el más vivo afecto paternal. Sabemos cómo no pocos de ellos gimen bajo el duro yugo que por la fuerza les impusieron hombres en su mayor parte ajenos a los verdaderos intereses del país y reconocemos que otros han sido engañados con falaces esperanzas. Nos condenamos el sistema y a sus fautores, quienes han considerado a Rusia como el terreno más apto para introducir en la

(9b) Ver II Tesal. 2, 4.

práctica un sistema ya elaborado hacía decenios y que de allí continúan propagando por todo el mundo.

III

11. **La opuesta doctrina clara de la Iglesia.** Expuestos así los errores y los medios violentos y engañosos del *comunismo bolchevique* y ateo, es tiempo ya, Venerables Hermanos, de oponerles brevemente la verdadera noción de la
78 *civitas humana (sociedad humana),* de la humana sociedad, que enseñan la razón y la revelación por medio de la Iglesia, *Magistra gentium (Maestra de las naciones),* y que Vosotros ya conocéis.

Sobre toda realidad está el sumo, único y supremo Ser, Dios, creador omnipotente de todas las cosas, juez sapientísimo y justísimo de todos los hombres. Esta suprema realidad, Dios, es la condenación más absoluta de las impudentes mentiras del comunismo. Y en verdad, no porque los hombres creen en Dios, Dios existe, sino porque Dios existe, cree en él y ora todo el que no quiere voluntariamente cerrar los ojos ante la verdad.

12. **Qué son el hombre y la familia según la razón y la fe.** En cuanto al hombre, Nos hemos expuesto en la Encíclica acerca de la educación cristiana[10], los puntos fundamentales de lo que la razón y la fe dicen de él. El hombre tiene un alma espiritual e inmortal, es una persona admirablemente dotada por el Creador con dones corporales y espirituales, un verdadero *microcosmos,* como decían los antiguos, un pequeño mundo que vale inmensamente más que todo el mundo inanimado. Tanto en esta vida como en la otra tiene únicamente a Dios por último fin, está por la gracia santificante elevado a la categoría de hijo de Dios e incorporado al reino de Dios en el místico cuerpo de JESUCRISTO. Por consiguiente, Dios lo ha dotado de múltiples y variadas prerrogativas: derecho a la vida y a la integridad de su cuerpo y a los medios necesarios para la existencia, derecho de tender a su último fin por el camino trazado por Dios, y el derecho a la asociación, a la propiedad y al uso de la propiedad.

Así como el matrimonio y el derecho a su uso natural son de origen divino, así también la constitución y las pre- 79
rrogativas fundamentales de la familia han sido determinadas y fijadas por el mismo Creador y no por la voluntad humana o por factores económicos, Nos hemos tratado ampliamente esta materia en la Encíclica acerca del matrimonio cristiano[11] y en la otra también Nuestra y ya mencionada, acerca de la educación.

13. **Qué es la sociedad.** Pero al mismo tiempo Dios ha ordenado al hombre para la Sociedad Civil, como lo requiere su misma naturaleza. En el plan del Creador la Sociedad es un medio natural, del cual el hombre puede y debe servirse para el logro de su fin, siendo la Sociedad humana para el hombre, y no viceversa. Esto no se ha de entender en el sentido del liberalismo individualista que subordina la sociedad al uso egoísta del individuo, sino solamente en el sentido de que, mediante la unión orgánica con la sociedad, sea a todos posible por la mutua colaboración la actuación de la verdadera felicidad terrena, y además en el sentido de que en la Sociedad se desenvuelven todas las dotes individuales y sociales propias de la naturaleza humana las que sobrepasan el inmediato interés del momento y reflejan en la sociedad la perfección divina, cosa que no puede realizarse en el hombre aislado. Y aun este fin, en último análisis, tiene en vista al hombre, para que reconozca este reflejo de la perfección divina y lo retorne en alabanza y adoración del Creador. Sólo el hombre, la persona humana, no ya la sociedad humana, cualquiera que ella sea, está dotado de razón y de voluntad moralmente libre.

Por lo tanto, así como el hombre no puede eximirse de los deberes queridos por Dios para con la sociedad civil, y

(10) *Pío XI,* Encícl. *Divini Illius Magistri,* 31-XII-1929; AAS. 22 (1930) 49-86; en esta Colección: Encícl. 149, págs. 1173-1209.

(11) *Pío XI,* Carta Encícl. *Casti Connubii,* 31-XII-1930. AAS. 22 1930) 539-592; en esta Colección: Encíclica 151, págs. 1232-1263.

los representantes de la autoridad tienen el derecho, cuando él se rehusara ilegítimamente, de constreñirlo al cumplimiento del propio deber, así también la sociedad no puede defraudar al hombre en los derechos personales que le han sido concedidos por el Creador, los
80 más importantes de los cuales hemos antes mencionado, ni puede imposibilitarle, por principio, el uso. Es, por tanto conforme con la razón y por ella exigido que todas las cosas terrenales estén finalmente ordenadas a la persona humana, para que por su medio se encamine hacia el Creador. Se aplica al hombre, a la persona humana, lo que el Apóstol de las Gentes escribe a los Corintios acerca de la economía de la salvación cristiana: *Todo es vuestro, sois de Cristo, Cristo es de Dios*[12]. Mientras el comunismo empobrece a la persona humana, rebajando los términos de la relación entre el hombre y la la razón y la revelación la subliman.

14. **El orden económico-social.** Los principios directivos del orden económico-social han sido expuestos en la Encíclica social de LEÓN XIII acerca de la cuestión del trabajo[13] y en la Nuestra acerca de la reconstrucción del orden social[14], han sido adaptadas a las exigencias del tiempo presente. Insistiendo nuevamente en la doctrina secular de la Iglesia acerca del carácter individual y social de la propiedad privada, Nos hemos precisado el derecho y la dignidad del trabajo, las relaciones de apoyo mutuo y de ayuda que deben existir entre los que tienen el capital y los que trabajan, y el salario debido por estricta justicia al obrero para sí y para su familia.

En esta misma Encíclica Nuestra hemos mostrado que los medios para salvar al mundo actual del desastre a que el liberalismo amoral nos ha llevado, no consisten en la lucha de clases y en el terror, ni tampoco en el abuso autocrático del poder estatal, sino en la penetración de la justicia social y del sentimiento de amor cristiano en el orden económico y en el orden social. Hemos mostrado cómo una sana prosperidad sólo puede obtenerse apli- 81
cando los verdaderos principios de un sano corporativismo que respete la debida jerarquía social, y cómo todas las corporaciones deben unirse en armónica unidad, inspirándose en el principio del bien común de la sociedad. La misión más genuina y principal del poder público y civil consiste precisamente en promover eficazmente esta armonía y la coordinación de todas las fuerzas sociales.

15. **Jerarquía social y prerrogativas del Estado.** Con respecto a esta colaboración orgánica en la consecución de la tranquilidad, la doctrina católica reivindica para el Estado la dignidad y la autoridad de solícito y providente defensor de los derechos divinos y humanos, en los que las Sagradas Escrituras y los Padres de la Iglesia insisten a menudo. No es verdad que todos tienen iguales derechos en la sociedad civil y que no existe legítima jerarquía. Bástenos recordar las Encíclicas de LEÓN XIII antes mencionadas, especialmente la que se refiere al poder del Estado[15], y la otra acerca de la constitución cristiana del Estado[16]. En ellas el católico encuentra expuestos luminosamente los principios de la razón y de la fe que los habilitarán para protegerse contra los errores y los peligros del concepto estatal comunista. La expoliación del hombre de sus derechos y su esclavitud, la negación del primer y trascendente origen del Estado y del poder estatal y el horrible abuso del poder público en servicio del terrorismo colectivista son lo contrario de lo que exigen la ética natural y la volun-

(12) I Cor. 3, 22-23.
(13) *León XIII*, Carta Encicl. *Rerum Novarum*, 15-V-1891; Acta Leonis XIII, vol. 11, 97-144; ASS. 23 (1891/92) 641; en esta Calección: Encíclica 59, 16, pág. 432.
(14) *Pío XI*, Carta Encícl. *Quadragesimo Anno*, 15-V-1931; AAS. 23 (1931) 177-228.
(15) *León XIII*, Carta Encícl. *Diuturnum illud*, 29-VI-1881. Acta Leonis XIII, vol. II, 269-287; ASS. 14 (1881/82) 3; en esta Colección: Encíclica 37, pág. 268-276.
(16) *León XIII*, Carta Encícl. *Inmortale Dei*, 1-XI-1885. Acta Leonis XIII, vol. V, 118-150;; ASS. 18 (1885/86) 161; en esta Colección: Encíclica 46, págs. 322-337.

tad del Creador. Tanto el hombre como la sociedad civil tienen su origen en el Creador y están por El mutuamente ordenados el uno a la otra, de modo que ninguno de los dos puede eximirse de los deberes correlativos ni negar o menoscabar sus respectivos derechos.
82 El mismo Creador ha regulado esta mutua relación en sus líneas fundamentales y es injusta usurpación la que se arroga el comunismo al imponer en lugar de la ley divina fundada sobre los inmutables principios de la verdad y de la caridad, un programa político de partido que mana del arbitrio humano y está henchido de odio.

16. **Belleza de esta doctrina de la Iglesia.** Al enseñar la Iglesia esta luminosa doctrina no tiene otra mira que la de actuar el feliz mensaje cantado por los ángeles sobre la gruta de Belén en el nacimiento del Redentor: *Gloria a Dios... y... paz a los hombres...*[17]. Paz verdadera y verdadera felicidad también aquí, en cuanto sea posible, como anticipación y preparación de la felicidad eterna, a los hombres de buena voluntad. Esta doctrina está igualmente distante de todos los extremos del error y de todas las exageraciones de los partidos o sistemas que los aceptan; se atiene siempre al equilibrio de la verdad y de la justicia, que ella reivindica en la teoría y aplica y promueve en la práctica, conciliando los derechos y los deberes de los unos con los de los otros, como asimismo la autoridad con la libertad, la dignidad del individuo con la del Estado y la personalida humana en el súbdito con la representación divina en el superior, y por ende la obligatoria sujeción y el amor ordenado de sí, de la familia y de la patria con el amor de las demás familias y de los demás pueblos, fundado en el amor de Dios, Padre de todos, primer principio y último fin. Esta doctrina concilia el justo deseo de los bienes temporales con la solicitud por los bienes eternos. Si es verdad que su-
83 bordina aquéllos a éstos según la palabra de su divino Fundador: *Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura*[18], no por eso se desinteresa de las cosas humanas e impide los progresos civiles y el bienestar material, sino que los apoya y los promueve de la manera más razonable y eficaz. Así, también en el campo económico-social, la Iglesia, aunque no ha presentado nunca un determinado sistema técnico, que esto no es su cometido, sin embargo ha fijado claramente puntos y líneas que, prestándose a diversas aplicaciones concretas según las varias condiciones de tiempo, de lugar y de pueblos, indican el camino seguro para lograr el progreso feliz de la sociedad.

Los que verdaderamente conocen esta doctrina admiten su sabiduría y su grande utilidad. Con mucha razón insignes estadistas pudieron afirmar que, después de haber estudiado los diversos sistemas sociales, no habían encontrado nada más sabio que los principios expuestos en las Encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*. También en países no católicos, y aun en países no cristianos, se reconoce cuán ventajosas son para la sociedad humana las doctrinas sociales de la Iglesia. Hace apenas un mes, un eminente hombre político no cristiano del Extremo Oriente no titubeó en proclamar que la Iglesia con su doctrina de paz y de fraternidad cristiana aporta una altísima contribución al establecimiento y mantenimiento de una paz eficiente entre las naciones. Hasta los mismos *comunistas,* como lo sabemos por seguros informes que llegan de todas partes a este Centro de la Cristiandad, si no están todavía del todo corrompidos, cuando se les expone la doctrina social de la Iglesia reconocen su superioridad sobre las doctrinas de sus caudillos y maestros. Solamente los dominados por la pasión 84
y por el odio cierran los ojos a la luz de la verdad y la combaten obstinadamente.

17. **¿Es verdad que la Iglesia no ha obrado en conformidad con esa doctrina?** Pero los enemigos de la Iglesia,

(17) Ver Luc. 2, 14.

(18) Mat. 6, 33.

constreñidos a reconocer la sabiduría de su doctrina, le reprochan que no ha sabido obrar en conformidad con esos principios, y por tanto afirman que hay que buscar otro camino. La historia del cristianismo demuestra cuán falsa e injusta es esta acusación. Para no indicar más que algún hecho característico, recordemos que fue el cristianismo el primero que proclamó de una manera y con una amplitud y convicción desconocidas en los siglos precedentes, la verdadera y universal fraternidad de todos los hombres de cualquier condición y estirpe, contribuyendo así poderosamente a la abolición de la esclavitud, no con sangrientas revueltas, sino con la fuerza interior de su doctrina, que hacía ver a la soberbia patricia romana en su esclava una hermana suya en Cristo. Fue el cristianismo que adora al Hijo de Dios hecho hombre por amor de los hombres y conocido como el *hijo del artesano,* más aun, El mismo artesano[19], el que elevó el trabajo manual a su verdadera dignidad, ese trabajo manual tan despreciado antes que hasta el discreto MARCO TULIO CICERÓN, reflejando la opinión general de su tiempo, no dudó escribir estas palabras de las que actualmente se avergonzaría cualquier sociólogo: *Todos los artesanos ejercen menesteres despreciables, pues el taller no puede abrigar nada noble*[20].

Fiel a estos principios la Iglesia ha regenerado a la sociedad humana y bajo su influencia surgieron admirables obras de caridad y poderosas corporaciones de artesanos y trabajadores de toda categoría, ridiculizadas es verdad por el *liberalismo* del siglo pasado como cosas de la edad media, pero reivindicadas ahora con la admiración de
85 nuestros contemporáneos que se empeñan en muchos países en hacer revivir de alguna manera su concepto. Y cuando otras corrientes impedían la obra de la Iglesia y ponían obstáculos a su saludable influjo, ésta hasta nuestros días no desistió de amonestar a los descarriados. Basta recordar con qué firmeza, energía y constancia Nuestro Predecesor LEÓN XIII reivindicó para el obrero el derecho de asociación, que el liberalismo dominante en los Estados más poderosos estaba obstinado en negarle. Este influjo de la doctrina de la Iglesia, aun en el presente, es mayor de lo que aparece; que grande y cierto, aunque invisible y no fácilmente mensurable, es el predominio de las ideas sobre los hechos.

Se puede decir con toda verdad que la Iglesia, a semejanza de Jesucristo, pasa a través de los siglos haciendo el bien a todos. No habría ni socialismo ni comunismo si los que gobiernan a los pueblos no hubiesen despreciado las enseñanzas y las maternales advertencias de la Iglesia. Ellos en cambio han querido sobre el fundamento del liberalismo y del laicismo elevar otros edificios sociales que, a primera vista, parecían recios y grandiosos, pero que bien pronto hicieron comprender que les faltaban sólidos fundamentos y que van miserablemente derrumbándose uno tras otro, como debe desplomarse todo lo que no se apoye sobre la única piedra angular que es Jesucristo.

IV

18. **Recursos, medicinas y medios.** Esta es, Venerables Hermanos, la doctrina de la Iglesia, la única que puede iluminar con la verdad como cualquier otro campo el campo social, y que puede salvar frente al ideario comunista. Pero es menester que esa doctrina penetre cada día más en la práctica de la vida, según la advertencia del Apóstol SANTIAGO: *Sed... hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos a vosotros mismos*[21]. Por esto, lo que más urge al presente es 86
emplear con energía los remedios oportunos para oponerse eficazmente a la inminente perturbación que se está preparando. Abriguemos la firme confianza de que al menos la pasión con que los hijos de las tinieblas día y noche trabajan en su propaganda materialista y atea, sirva de santo estímulo a los hijos de la luz para un celo no menor,

(19) Compárese Mat. 13, 55; Marc. 6, 3.
(20) M. T. Cicerón, *De officiis*, lib. I, cap. 42.
(21) Stgo. 1, 22.

sino mayor, por el honor de la majestad divina.

¿Qué es, pues, necesario hacer y qué remedios emplear para defender a Jesucristo y a la civilización cristiana contra ese pernicioso enemigo? Como un padre en medio de su familia, Nos quisiéramos conversar como en la intimidad acerca de los deberes que la gran lucha de nuestros días impone a todos los hijos de la Iglesia, dirigiendo Nuestra paternal amonestación también a los hijos que se han alejado de la casa.

19. **Renovación de la vida cristiana.** Como en todos los períodos más borrascosos de la historia de la Iglesia, hoy el remedio primordial es una sincera renovación de la vida privada y pública, según los principios del Evangelio, de todos los que se glorían de pertenecer al redil de Jesucristo, para que sean verdaderamente la sal de la tierra que preserve a la sociedad humana de la corrupción comunista.

Con el alma profundamente agradecida al Padre de las lumbres, de quien desciende *toda cosa óptima dada y todo don perfecto*(22), vemos doquiera consoladores síntomas de esta renovación espiritual, no solamente en muchas almas singularmente elegidas que en estos últimos años se han elevado a la cumbre de la más sublime santidad y en tantas otras, siempre más numerosas, que generosamente marchan hacia la misma luminosa meta, sino también en el florecimiento de una piedad sentida y vivida en todas las categorías de la sociedad, aun en las más cultas, como hemos hecho notar en Nuestro reciente Motu Proprio *In multis solatiis*
87 del 28 de Octubre del año pasado, con motivo de la reorganización de la Pontificia Academia de las Ciencias(23).

Sin embargo no podemos negar que resta aún mucho por hacer en esta senda de la renovación espiritual. Aun en países católicos son muchos los que son católicos solamente de nombre, muchos los que, no obstante seguir más o menos fielmente las prácticas más esenciales de la religión que se glorían de profesar, poco procuran conocerla mejor, adquirir una más íntima y más perfecta convicción y menos todavía proceder de modo que al barniz exterior corresponda el esplendor de una conciencia recta y pura, que siente y cumple todos sus deberes bajo la mirada de Dios. Sabemos cuanto el Divino Salvador aborrece esta vana y falaz exterioridad, ese Salvador que quería que todos adorasen al Padre *en espíritu y verdad*(24). Quien no vive verdadera y sinceramente de acuerdo con la fe que profesa no podrá hoy, que sopla furioso el vendaval de la lucha y de la persecución, mantenerse mucho tiempo, sino que será miserablemente arrastrado por este nuevo diluvio que amenaza al mundo, y así mientras se prepara su propia ruina, expondrá al ludibrio el nombre cristiano.

20. **Desapego a los bienes terrenales.** Y ahora, Venerables Hermanos, debemos insistir muy particularmente en dos enseñanzas del Señor que tienen una especial conexión con las actuales condiciones del linaje humano: el desapego de los bienes terrenales y el precepto de la caridad. *Bienaventurados los pobres de espíritu,* fueron las primeras palabras que brotaron de los labios del Divino Maestro en su sermón de la montaña(25). La adhesión a estas enseñanzas es más necesaria que nunca en estos tiempos de *materialismo* sediento de bienes y placeres de esta tierra. Todos los cristianos, ricos o pobres, deben tener siempre fija la mirada en 88
el cielo, recordando que *no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la futura*(26). Los ricos no deben colocar en las cosas de la tierra su felicidad ni dirigir a su consecución lo mejor de sus fuerzas, sino que, considerándose sólo como administradores que saben que han de dar cuenta de ellas al supremo Señor, se valgan de ellas como de medios preciosos que Dios les da para hacer el bien, y no dejen de distribuir a los pobres lo que

(22) Stgo. 1, 17.
(23) AAS. 28 (1936) 421-424.
(24) Juan 4, 23.
(25) Mat. 5, 3.
(26) Ver Hebr. 13, 14.

les sobra, según el precepto evangélico[27]. De otra suerte se verificarán en ellos y en sus riquezas las severas sentencias de SANTIAGO Apóstol: *Ea, pues, ricos, llorad aullando por las miserias que vendrán sobre vosotros. Vuestras riquezas se han podrido y vuestras ropas han sido comidas por la polilla. Vuestro oro y vuestra plata se han enmohecido; y el orín de ellos os será en testimonio, y comerá vuestras carnes como fuego. Os habéis atesorado ira para los días postreros*[28].

Los pobres, a su vez al procurar según las leyes de la caridad y de la justicia proveerse de lo necesario y asimismo mejorar su situación, deben siempre también permanecer *pobres de espíritu*[29], estimando más los bienes espirituales que los goces terrenales. Recuerden además que no se conseguirá nunca hacer desaparecer del mundo las miserias, los dolores y las tribulaciones, a las que están también sujetos los que aparentemente parecen más afortunados. Por tanto, es a todos necesaria la paciencia, esa paciencia cristiana que eleva el corazón a las divinas promesas de una felicidad eterna; *tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana y tardía; esperad, pues, también vosotros con pa-*
89 *ciencia, y fortificad vuestros corazones, porque se ha acercado la venida del Señor*[30]. Sólo así se cumplirá la consoladora promesa del Señor: *bienaventurados los pobres*[31]. No son éstas una consolación y una promesa vanas, como son las promesas de los comunistas, sino palabras de vida que contienen una suma realidad y que se verifican plenamente aquí en la tierra y luego en la eternidad. Y en efecto, ¡cuántos pobres en estas palabras y a la espera del reino de los cielos que está proclamada como propiedad suya: *porque el reino de Dios es vuestro*[32], encuentran una felicidad que muchos ricos no hallan en sus riquezas, como que están siempre inquietos y siempre sedientos de tener más!

21. **La obligación de la caridad cristiana.** Aun más importante como remedio del mal de que tratamos, o por cierto más directamente apto para curarlo, es el precepto de la caridad. Hablamos de la caridad cristiana *paciente y benigna*[33] que evita toda apariencia de humillante protección y toda ostentación; aquella caridad que desde los principios del cristianismo ganó para Jesucristo a los más pobres entre los pobres, los esclavos; y agradecemos a todos los que en obras de beneficencia, desde las Conferencias de SAN VICENTE DE PAÚL hasta las grandes y recientes asociaciones de asistencia social, han ejercido y ejercitan las obras de misericordia corporal y espiritual. Cuanto más los menesterosos y los pobres experimenten en sí mismos lo que el espíritu del amor animado por la virtud de JESUCRISTO hace por ellos, tanto más se despojarán del prejuicio de que el cristianismo ha perdido su eficacia y de que la Iglesia está de parte de los que explotan su trabajo.

Mas cuando vemos por un lado una muchedumbre de indigentes que por varias razones están verdaderamente oprimidos por una miseria de que no 90
son culpables, y por otro lado y junto a ellos, a tantos que se divierten desconsideradamente y malgastan enormes sumas en cosas inútiles, no podemos menos de reconocer con dolor que no solamente no se observa la justicia, sino que tampoco se ha profundizado suficientemente el precepto de la caridad cristiana y que no es vivido en la práctica diaria. Por tanto, Venerables Hermanos, deseamos que se explique más, de palabra y por escrito, este divino precepto, preciosa cédula de identidad dejada por Jesucristo a sus verdaderos discípulos; este precepto que nos enseña a ver en los que sufren al mismo Jesús y nos impone

(27) Compare Luc. 11, 41.
(28) Stgo. 5, 1-3.
(29) Mat. 5, 3.
(30) Stgo. 5, 7-8.
[31] Mat. 5, 3.
(32) Luc. 6, 20.
(33) I Cor. 13, 4.

amar a nuestros hermanos como el Divino Salvador los ha amado, esto es, hasta el sacrificio de nosotros mismos, y, si se diere el caso, con el sacrificio de nuestra vida. Que todos mediten a menudo las palabras, por una parte consoladoras pero por otra terribles, de la sentencia final que pronunciará el Juez Supremo en el día del extremo juicio: *venid, benditos de mi Padre... porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber... en verdad os digo que cuantas veces lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis*(34). Y por el contrario: *alejaos de mi, malditos, al fuego eterno... porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber... en verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñitos tampoco conmigo lo hicisteis*(35).

Por ende, para asegurar la vida eterna y poder eficazmente socorrer a los menesterosos es necesario retornar a una vida más modesta, renunciar a los goces a menudo pecaminosos que el mundo ofrece hoy con tanta profusión y olvidarse de sí mismo por amor del prójimo. Una fuerza divina, regeneradora, se encuentra en este *precepto nuevo*(36) —como Jesús lo llamaba— de caridad cristiana, cuya fiel observan-
91 cia infundirá en los corazones una paz interna desconocida por el mundo y remediará eficazmente los males que afligen a la humanidad.

22. **Deberes de estricta justicia.** Mas la caridad no será nunca verdadera caridad si no se observa siempre la justicia. El Apóstol enseña que *el que ama al prójimo ha cumplido la ley;* y da la razón: *porque "No fornicar", "No matar", "No robar", y cualquier otro precepto se resume en esta fórmula: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"*(37).

a) el salario justo. Si, pues, según el Apóstol, todos los deberes se reducen al solo precepto de la verdadera caridad, también los que son de estricta justicia, como el no matar y el no robar, una caridad que prive al trabajador del salario a que tiene estricto derecho, no es caridad sino un vano nombre y una vacía apariencia de caridad. Ni el trabajador tiene necesidad de recibir como limosna lo que le corresponde por justicia, ni se puede tampoco pretender eximirse de los grandes deberes impuestos por la justicia con pequeñas obras de misericordia. Caridad y justicia imponen a menudo deberes sobre una misma cosa, pero bajo diversos aspectos; y los trabajadores son por su misma dignidad justamente muy sensibles a estos deberes de otros que se refieren a ellos.

b) los deberes de los patrones. Por esto Nos dirigimos de un modo particular a vosotros, patrones e industriales cristianos, cuyo cometido es a menudo muy difícil porque lleváis la pesada herencia de los errores de un régimen económico inicuo que ha ejercido su ruinosa influencia durante varias generaciones; tened conciencia de vuestra responsabilidad. Es desgraciadamente exacto que el modo de proceder de ciertos medios católicos ha contribuido a conmover la confianza de los trabajadores en la Religión de Jesucristo. Esos tales no quieren comprender que la caridad cristiana exige el reconocimiento de ciertos derechos que son debidos al trabajador y que la Iglesia le ha reconocido explícitamente. ¿Cómo ha de juzgarse el proceder de ciertos 92
patronos católicos que en algunas partes han impedido la lectura de Nuestra Encíclica *Quadragesimo Anno* en sus iglesias patronales? ¿Cómo el de los industriales católicos que hasta hoy se han mostrado adversarios de un movimiento obrero recomendado por Nos mismo? ¿Y no hay que deplorar que el derecho de propiedad, reconocido por la Iglesia, haya sido a veces ejercido para defraudar al trabajador de su justo salario y de sus derechos sociales?

(34) Mat. 25, 34-40.
(35) Mat. 25, 41-45.
(36) Juan 13, 34.
(37) Rom. 13, 8-9.

23. **Los postulados de la justicia social.** Y en efecto, a más de la justicia conmutativa, existe la justicia social que impone a su vez deberes a los que no se pueden substraer ni los patronos ni los obreros.

a) Respeto del bien común. Es propio de la justicia social exigir de cada uno lo que es necesario al bien común. Pero así como el organismo viviente no puede funcionar bien en su conjunto, si no se da a cada parte y a cada miembro todo lo que han menester para ejercitar sus funciones, así tampoco se puede procurar el bien del organismo social y de toda la sociedad, si no se da a cada una de las partes y a cada uno de sus miembros, esto es, hombres dotados de la dignidad de personas, todo lo que deben tener para sus funciones sociales. Si se satisfaciera también a la justicia social, su fruto sería una intensa actividad de toda la vida económica desenvuelta en la tranquilidad y en el orden que demostraría la salud del cuerpo social, como la salud del cuerpo humano se reconoce por una no turbada, plena y fructuosa actividad de todo el organismo.

b) Seguridad social del individuo. Mas no se puede decir que se ha satisfecho a la justicia social, si los trabajadores no tienen aseguradas la propia sustentación y la de sus familias con un salario proporcionado a este fin, si no se les facilita la oportunidad de adquirir una modesta fortuna, previniendo así la plaga del pauperismo universal, si no se toman providencias en su favor con seguros públicos o privados para el tiempo de su vejez, enfermedad o desocupación. En una palabra, para
93 repetir lo que hemos dicho en Nuestra Encíclica *Quadragesimo Anno: La economía social sólo subsistirá verdaderamente y obtendrá sus fines, cuando se suministren a todos y a cada uno de los socios todos los bienes que se pueden obtener con las fuerzas y los subsidios de la naturaleza, con el arte técnico y con la constitución social del hecho económico; bienes que deben ser los indispensables ya para satisfacer a las necesidades y a las honestas comodidades, ya para encaminar a los hombres a la más feliz condición de vida que, cuando se procede prudentemente, no sólo no es un obstáculo para la virtud, sino que la favorece grandemente*[38].

c) Organizaciones sociales. Pero si, como acaece cada vez más a menudo en el asalariado, cada uno en particular no puede observar la justicia, sino con la condición de que todos estén de acuerdo en practicarla juntamente mediante instituciones que reúnan a los empleadores, para evitar entre sí una competencia incompatible con la justicia debida a los trabajadores, el deber de los empresarios y patronos es sostener y promover estas instituciones necesarias, que son el medio normal para cumplir los deberes de justicia. Pero también los trabajadores recuerden sus obligaciones de caridad y de justicia hacia los empleadores, y estén persuadidos de que con esto salvaguardarán mejor sus propios intereses.

d) Resumen de lo anterior. Por tanto, si se considera el conjunto de la vida económica, —como ya lo hemos observado en Nuestra Encíclica *Quadragesimo Anno*[39]— no se podrá hacer reinar en las relaciones económico-sociales la mutua colaboración de la justicia y de la caridad, sino por medio de un cuerpo de instituciones profesionales e interprofesionales fundadas sólidamente en los principios cristianos, vinculadas entre sí y que constituyan, bajo formas diversas y adaptadas a los lugares y a las circunstancias, lo que se llamaba la Corporación.

24. **Medios para asegurar el movimiento social. a) Estudio y difusión de la doctrina social.** A fin de dar a esta acción social mayor eficacia, es necesario promover el estudio de los problemas sociales a la luz de la doctrina

(38) *Pio XI*, Carta Encícl. *Quadragesimo Anno*, 15-V-1931; AAS. 23 (1931) 202; en esta Colección: Encícl. 154, 33 pág. 1305.

[39] 15-V-1931; AAS 23 (1931) 177-228; en esta Colecc.: Encícl. 154, 9-10; 34-35, págs. 1281 ss.; 1305 ss.

de la Iglesia y difundir sus enseñanzas bajo la égida de la autoridad por Dios
94 constituida en la misma Iglesia. Si el modo de proceder de algunos católicos en el campo económico-social ha dejado qué desear, ha sido a menudo porque no conocían suficientemente las enseñanzas de los Sumos Pontífices en esta materia o no habían meditado en ellas. Por esto es sumamente necesario que en todos los medios de la sociedad se promueva una intensa formación social proporcionada al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con gran solicitud e ingenio la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia aún en la clase trabajadora. Que se iluminen las inteligencias con la luz segura de la doctrina católica y que se inclinen las voluntades a seguirla y a aplicarla como norma del buen vivir, con el cumplimiento solícito de los múltiples deberes sociales, evitando así la incoherencia y discontinuidad en la vida cristiana, que Nos hemos lamentado tantas veces, en virtud de las cuales algunos mientras son aparentemente fieles en el cumplimiento de sus deberes religiosos, en el campo del trabajo o de la industria o de la profesión o en el comercio o en el empleo, por un deplorable desdoblamiento de conciencia, llevan una vida poco conforme con las normas tan claras de la justicia y de la caridad cristianas, dando así un grave escándalo a los débiles y ofreciendo a los malos un fácil pretexto para desacreditar a la Iglesia.

La misión de la Prensa Católica. La prensa católica puede ofrecer a esta renovación un eficaz aporte. Puede y debe ante todo procurar con diversos medios llamativos hacer conocer siempre mejor la doctrina social, informar con exactitud y con la debida amplitud acerca de la actividad de los enemigos, enseñar los medios de combate que han resultado más eficaces en las diversas comarcas, proponer útiles iniciativas y llamar la atención sobre las astucias y los engaños con que los comunistas tratan de atraer a los hombres de buena fe, como lo han conseguido ya.

25. **b) Premunirse contra las insidias del comunismo.** En Nuestra alocución[40] del 12 de Mayo del año pasado, hemos insistido en este punto, pero creemos necesario, Venerables Hermanos, volver a llamaros la atención sobre él de un modo particular. En un principio, el comunismo se mostró como era, en toda su perversidad, pero bien pronto percatóse de que de esa manera alejaba de sí a los pueblos, por lo cual ha cambiado de táctica y procura atraerse a las muchedumbres con diversos artificios y escondiendo sus designios tras ideas que en sí son buenas y atrayentes. Así, viendo el común deseo de paz, los caudillos del comunismo se fingen los más celosos fautores y propagadores del movimiento por la paz universal, pero al mismo tiempo azuzan para una lucha de clases que hace correr ríos de sangre, y sintiendo que no tienen una garantía interna de paz, recurren a ilimitados armamentos. Bajo varios nombres que ni remotamente aluden al comunismo, fundan asociaciones y periódicos que sirven únicamente para hacer penetrar sus ideas en medios de otro modo poco accesibles a ellos; más aún, procuran con perfidia infiltrarse en asociaciones católicas y religiosas. Aquí, sin ceder en nada de sus perversos principios, invitan a los católicos a colaborar con ellos en el campo llamado humanitario y caritativo, proponiendo a veces cosas del todo conforme con el espíritu cristiano y con la doctrina de la Iglesia. Allá, llevan la hipocresía hasta hacer creer que el comunismo en países de más fe y de más cultura tomará un aspecto mitigado, no impedirá el culto religioso y respetará la libertad de conciencia. Hay algunos también que, refiriéndose a ciertos cambios introducidos recientemente en la legislación *soviética,* deducen que el *comunismo* está por abandonar su programa de lucha contra Dios. 95

[40] Compárese *Pío XI,* Alocución en la apertura de la Exposición Internacional de la Prensa Católica, 12-V-1936; en *L'Osservatore Romano* del 13-V-1936.

96 Procurad, Venerables Hermanos, que los fieles no se dejen engañar. El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir en ningún campo la colaboración con él de parte de los que quieren salvar la civilización cristiana. Y si algunos inducidos en error cooperaran en la victoria del comunismo en su país, serían las primeras víctimas de su error, y cuanto más las regiones en que el comunismo logre penetrar se distingan por la antigüedad y la grandeza de su civilización cristiana, tanto más devastador se manifestará el odio de los *sin Dios.*

26. **c) Oración y penitencia.** Mas *si el Señor no custodiare la ciudad, en vano velará el que la custodia*(41). Por eso, Venerables Hermanos, os recomendamos como último y potentísimo remedio, promover e intensificar del modo más eficaz en vuestras diócesis el espíritu de oración unido al de penitencia cristiana. Cuando los Apóstoles preguntaron al Salvador por qué no habían podido librar del espíritu maligno a un poseso, el Señor respondió: *A tales demonios sólo se los arroja con la oración y con el ayuno*(42). También el mal que hoy aflige a la humanidad no podrá ser vencido sino con una santa cruzada universal de oración y penitencia; y recomendamos singularmente a las Ordenes contemplativas, masculinas y femeninas, que redoblen sus súplicas y sus sacrificios para impetrar del cielo para la Iglesia un potente socorro en las presentes luchas, con la poderosa intercesión de la Virgen Inmaculada que, así como un día aplastó la cabeza de la antigua serpiente, así también es siempre el seguro amparo e invencible *Auxilio de los cristianos.*

V

27. **Los auxiliares de la Acción so-**
97 **cial. a) los sacerdotes.** Para realizar la obra universal de salud que hemos trazado y para aplicar los remedios que hemos indicado brevemente, los sacerdotes son en primera línea los ministros y obreros evangélicos designados por el Divino Rey Jesucristo. A ellos, por vocación especial y bajo la guía de los sagrados Pastores y en unión de filial obediencia al Vicario de Cristo en la tierra, está confiada la misión de mantener encendida en el mundo la antorcha de la fe y de infundir en los fieles la confianza sobrenatural con que la Iglesia en nombre de JESUCRISTO ha combatido y vencido en tantas luchas: *ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe*(43).

De un modo particular recordamos a los sacerdotes la exhortación de Nuestro Predecesor LEÓN XIII, tantas veces repetida, de ir al obrero; exhortación que Nos hacemos Nuestra y completamos: *Id al obrero, especialmente al obrero pobre, y en general, id a los pobres,* siguiendo las enseñanzas de Jesús y las de su Iglesia. En efecto, los pobres son los más acechados por los intrigantes que explotan su mísera condición para encender en ellos la envidia contra los ricos y para excitarlos a arrebatar con la fuerza lo que les parece que les niega injustamente la fortuna; y si el sacerdote no va a los obreros y a los pobres para premunirlos o para desengañarlos de los prejuicios y de las falsas teorías, serán fácil presa de los agitadores comunistas.

No podemos negar que es mucho lo que se ha hecho en este sentido, especialmente después de las Encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno,* y con paternal complacencia saludamos la ingeniosa solicitud pastoral de tantos Obispos y sacerdotes que excogitan 98
y prueban, con la debida prudencia y cautela, nuevos métodos de apostolado más concordantes con las exigencias modernas. Pero todo esto es todavía demasiado poco para las necesidades presentes. Así como cuando la Patria está en peligro todo cuanto no es estrictamente necesario y no está directamente ordenado a la apremiante necesidad de la defensa común pasa a segunda línea, así también, en nuestro caso, cualquier otra obra por excelente y buena que sea debe ceder el puesto a la

(41) Salmo 126, 1.
(42) Mat. 17, 20.
(43) I Juan 5, 4.

necesidad vital de salvar los fundamentos de la fe y de la civilización cristiana. Por tanto, en las parroquias, los sacerdotes, a más de cumplir naturalmente lo que es menester para la atención ordinaria de los fieles, reserven la mayor y mejor parte de sus fuerzas y de sus actividades para reconquistar la muchedumbre de los trabajadores para Cristo y para la Iglesia y para hacer penetrar el espíritu cristiano en los medios que le son más ajenos. Luego encontrarán en la muchedumbre popular una correspondencia y una abundancia de frutos no esperada, que los compensará del largo trabajo de desbrozamiento, como hemos visto y vemos en Roma y en muchas otras metrópolis donde, con la construcción de nuevas iglesias en las barriadas de los arrabales, se han ido formando celosas comunidades parroquiales y se operan verdaderos milagros de conversiones en poblaciones que eran hostiles a la religión sólo porque no la conocían.

El medio de apostolado más eficaz para las muchedumbres de los pobres y de los humildes, es el ejemplo del sacerdote, el ejemplo de todas las virtudes sacerdotales como las hemos descrito en Nuestra Encíclica *Ad catholici sacerdotii*[44]; pero en el caso presente
99 de un modo especial es menester un luminoso ejemplo de vida humilde, pobre y desinteresada, copia fiel de la del Divino Maestro que podía proclamar con divina franqueza: *Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos, mas el Hijo del hombre no tiene donde posar su cabeza*[45]. Un sacerdote verdadera y evangélicamente pobre y desinteresado hace milagros de bien en medio del pueblo, como un SAN VICENTE DE PAÚL, un CURA DE ARS, un COTTOLENGO, un DON BOSCO y muchos otros, mientras que un sacerdote avaro e interesado, como hemos recordado en la ya citada Encíclica, aun cuando no se precipite como JUDAS en el abismo de la traición, será por lo menos un vano *metal que suena* y una inútil *campana que retiñe*[46], y a menudo más bien un obstáculo que un instrumento de la gracia en medio del pueblo. Que si el sacerdote secular o regular por obligación de su cargo debe administrar bienes temporales, recuerde que no solamente debe observar escrupulosamente lo que prescriben la caridad y la justicia, sino también mostrarse particularmente un verdadero padre de los pobres.

28. **b) Acción Católica.** Después que al clero, dirigimos Nuestra paternal invitación a Nuestros carísimos hijos del laicado que militan en las filas de la Acción Católica tan querida por Nos y de la que hemos dicho en otra oportunidad[47] que es *una ayuda particularmente providencial* de la obra de la Iglesia en estas circunstancias tan difíciles. En efecto, la Acción Católica es también apostolado social, como que tiende a difundir el Reino de Jesucristo no solamente en los individuos, sino también en las familias y en la sociedad. Debe, por tanto, ante todo, formar con especial solicitud sus socios y prepararlos para las santas batallas del Señor. Para este trabajo de formación, que es de suma urgencia y necesario en 100
nuestra edad, más que en cualquier otra, y que debe preceder siempre a la acción directa y eficiente, servirán los círculos de estudio, las semanas sociales, los cursos orgánicos de conferencias y todas las otras iniciativas que sirven para hacer conocer la solución de los problemas sociales en sentido cristiano.

Los soldados de la Acción Católica así preparados y adiestrados serán los primeros e inmediatos apóstoles de sus compañeros de trabajo y los preciosos auxiliares del sacerdote para llevar la luz de la verdad, aliviando las graves miserias materiales y espirituales, a numerosas zonas refractarias a la acción del ministro de Dios, sea por inveterados prejuicios contra el clero, sea por deplorable apatía religiosa. De este modo se cooperará, bajo la guía de sacerdotes particularmente expertos, en la

(44) 20-XII-1935, AAS. 28 (1936) 5-53; en esta Colección: Encícl. 166, págs. 1418-1444.
(45) Mat. 8, 20.
(46) I Cor. 13, 1.

[47] Compárese *Pío XI*, Alocución en la apertura de la Exposición Internacional de la Prensa Católica, 12-V-1936; en el *Osservatore Romano* del 13-V-1936.

asistencia religiosa de las clases trabajadoras, que tanto deseamos y que es el medio más apto para preservar a esos Nuestros queridos hijos de la insidia comunista.

A más de este apostolado individual, a menudo oculto, pero en gran manera útil y eficaz, es asimismo cometido de la Acción Católica llevar a cabo con la propaganda oral y escrita una abundante siembra de los principios fundamentales indispensables para la construcción de un orden social cristiano, como están enunciados en los Documentos Pontificios.

29. **c) Organizaciones auxiliares de la Acción Católica.** En torno de la Acción Católica se agrupan las organizaciones que Nos hemos llamado sus auxiliares. También a estas tan útiles organizaciones exhortamos con paternal afecto a que se consagren a la gran misión de que tratamos, que actualmente supera a todas las demás por su vital importancia.

30. **d) Organizaciones de clase.** Pensamos otrosí en las organizaciones de clase; de trabajadores, de agricultores, de ingenieros, de médicos, de patronos, de estudiosos y otros semejantes, hom-
101 bres y mujeres, que viven en las mismas condiciones culturales y que casi naturalmente están reunidos en grupos homogéneos. Estas agrupaciones y estas organizaciones están precisamente destinadas a introducir en la sociedad el orden que Nos hemos tenido en vista en Nuestra Encíclica *Quadragesimo Anno,* y a difundir el reconocimiento de la realeza de Cristo en los diversos campos de la cultura y del trabajo.

Si, debido a las nuevas condiciones de la vida económica y social, el Estado ha creído de su deber intervenir, asesorar y reglamentar directamente esas instituciones con particulares disposiciones legislativas, salvo el obligatorio respeto de la libertad y de las iniciativas privadas, aun en esas circunstancias la Acción Católica no puede considerarse extraña a la realidad, sino que debe dar con prudencia su contribución de pensamiento, con el estudio de los nuevos problemas a la luz de la doctrina católica, y de actividad con la participación leal y complaciente de sus afiliados en las nuevas formas e instituciones, llevándoles el espíritu cristiano, que es siempre principio de orden y de mutua fraternal colaboración.

31. **e) Llamado a los obreros católicos.** Queremos dirigir una palabra particularmente paternal a Nuestros queridos obreros católicos, jóvenes y adultos, quienes, quizás en premio de su fidelidad a veces heroica en estos tiempos tan difíciles, han recibido una misión muy noble y ardua. Bajo la guía de sus obispos y de sus sacerdotes deben reconducir a la Iglesia y a Dios a la inmensa muchedumbre de sus hermanos de trabajo, que exacerbados por no haber sido comprendidos o tratados con la dignidad a que tienen derecho, se han alejado de Dios. Los artesanos católicos con su ejemplo y con sus palabras, demuestren a estos hermanos extraviados que la Iglesia es una tierna Madre para los que trabajan y padecen, y que no ha faltado nunca ni faltará jamás a su sagrado deber materno de defender a sus hijos. Si esta misión que deben realizar en las minas, en las fábricas, en los astilleros y doquiera 102 se trabaje, requiere algunas veces grandes sacrificios, recordarán que el Salvador del mundo no sólo ha dado ejemplo de trabajo sino también de sacrificio.

32. **f) Necesidad de la concordia entre los católicos.** Dirigimos a todos Nuestros hijos de todas las clases sociales, de todas las naciones y de todos los grupos religiosos y laicos de la Iglesia un nuevo y más apremiante llamado a la concordia. Varias veces Nuestro corazón paternal ha sufrido por las divisiones, a menudo fútiles en sus causas, pero siempre trágicas en sus consecuencias, que ponen en conflicto a los hijos de una misma madre, la Iglesia. Se ha visto que los subversivos, que no son tan numerosos, aprovechando estas discordias, las tornan más agudas

y llegan a poner frente a frente a los mismos católicos. Después de los acontecimientos de estos últimos meses parecería superflua Nuestra amonestación. Lo repetimos una vez más por aquellos que no han comprendido o quizás no quieren comprender. Los que trabajan en aumentar las discordias entre los católicos asumen una terrible responsabilidad ante Dios y la Iglesia.

33. **g) Llamado a todos los que creen en Dios.** Nos es grato esperar que a esta campaña emprendida por el poder de las tinieblas contra la idea misma de la divinidad, a más de los que se glorían del nombre de Jesucristo, se opongan también poderosamente todos los que aun creen en Dios y lo adoran, que son la gran mayoría de la humanidad. Renovemos por tanto el llamado que ya hemos hecho cinco años ha en Nuestra Encíclica *Caritate Christi* para que también ellos leal y cordialmente concurran por su parte *a alejar de la humanidad el gran peligro que todo lo amenaza.* —Como decíamos entonces— *creer en Dios es el fundamento indestructible de todo orden social y de toda responsabilidad aquí en la tierra, y por* 103 *eso todos los que no quieren la anarquía y el terror, deben empeñarse enérgicamente en que los enemigos de la Religión no consigan el fin que han proclamado abiertamente*[48].

34. **h) Deberes del Estado cristiano.** Hemos expuesto, Venerables Hermanos, la tarea positiva tanto de orden doctrinal como de orden práctico que la Iglesia asume por su misma misión, que le fue confiada por JESCRISTO, de edificar la sociedad cristiana y, en nuestros tiempos, de combatir y de quebrantar los esfuerzos del comunismo, y hemos dirigido un llamado a todas y a cada una de las clases de la sociedad. A esta empresa espiritual de la Iglesia el Estado cristiano debe concurrir también positivamente, ayudándola con los medios que le son propios, los que aun cuando son externos, no dejan de estar encaminados en primer lugar al bien de las almas.

Por eso los Estados procurarán impedir que una propaganda atea, que mina todos los fundamentos del orden, haga estragos en su territorio, porque no se podrá tener autoridad en la tierra si no se reconoce la autoridad de la Majestad divina, ni será firme el juramento si no se jura en nombre de Dios viviente. Repetimos lo que a menudo y con tanta insistencia hemos dicho, especialmente en Nuestra Encícica *Caritate Christi: ¿cómo puede sostenerse o mantenerse un contrato y qué valor puede tener un tratado donde falta toda garantía de conciencia? y ¿cómo puede hablarse de garantía de conciencia donde no hay fe en Dios ni temor de Dios? Quitada esta base, toda ley moral se derrumba y no queda ya recurso que pueda impedir la gradual pero inevitable ruina de los pueblos, de la familia, del Estado y de la misma civilización humana*[49].

Además, el Estado debe empeñarse en crear las condiciones materiales de vida sin las cuales no puede subsistir una sociedad ordenada, y en procurar 104 trabajo especialmente a los padres de familia y a la juventud. Para este fin indúzcase a las clases pudientes, por la urgente necesidad del bien común, a hacerse cargo de los gravámenes sin los que no puede salvarse a la sociedad humana ni salvarse ellas mismas. Mas las iniciativas que el Estado tome para este fin deben ser de tal naturaleza que alcancen realmente a los que tienen entre sus manos los mayores capitales y los van continuamente aumentando con grave perjuicio de los demás.

El mismo Estado, consciente de su responsabilidad ante Dios y ante la sociedad, dé ejemplo a todos los demás con una prudente y sobria administración. Hoy más que nunca la gravísima crisis universal exige que los que disponen de enormes fondos, fruto del trabajo y del sudor de millones de ciudadanos, tengan siempre ante los ojos únicamente el bien común y procuren

(48) *Pío XI*, Carta Encíclica *Caritate Christi*, 3-V-1932; AAS 24 (1932) 184; en esta Colecc.: Encícl. 159, 7 pág. 1375.

(49) Carta Encícl. *Caritate Christi*, 3-V-1932; AAS. 24 (1932) 190; en esta Colección: Encíclica 159, 13 pág. 1379.

promoverlo lo más posible. Asimismo los funcionarios del Estado, y todos los empleados, cumplan por deber de conciencia sus obligaciones con fidelidad y desinterés, siguiendo los luminosos ejemplos antiguos y recientes de ilustres varones que con infatigable trabajo sacrificaron toda su vida para el bien de la patria. En las relaciones de los pueblos entre sí, procúrese solícitamente remover los obstáculos artificiales de la vida económica que provienen de un sentimiento de desconfianza y de odio, recordando que todos los pueblos de la tierra forman una sola familia, la familia de Dios.

35. **i) Libertad de la Iglesia para trabajar.** Al mismo tiempo, el Estado debe dejar a la Iglesia plena libertad de cumplir su divina misión puramente espiritual, para contribuir así poderosamente a salvar a los pueblos de la terrible borrasca de la hora presente. En todas partes se da con mucha razón un angustioso llamado a las fuerzas morales y espirituales, porque el mal que se ha de combatir es ante todo, considerado en su primera fuente, un mal de naturaleza espiritual, y precisamente de esta fuente brotan por una lógica
105 diabólica todas las monstruosidades del *comunismo*. Ahora bien, entre las fuerzas morales y religiosas sobresale indiscutiblemente la Iglesia Católica, por lo cual el mismo bienestar de la humanidad exige que no se ponga impedimentos a su actividad.

Proceder de otra manera y pretender al mismo tiempo alcanzar este fin con medios puramente económicos y políticos es un error peligroso. Cuando se excluye la religión de la escuela, de la educación y de la vida pública y se expone al ludibrio a los representantes del cristianismo y sus sagrados ritos, ¿no se promueve acaso el materialismo de donde brota el comunismo? Ni la fuerza mejor organizada, ni los mayores y más nobles ideales terrenos pueden dominar un movimiento que tiene sus raíces precisamente en la demasiada estima de los bienes del mundo.

Confiamos que los que dirigen los destinos de las naciones, por poco que sientan el extremo peligro que amenaza hoy a los pueblos, sentirán cada vez más el supremo deber de no impedir a la Iglesia el cumplimiento de su misión, tanto más que al cumplirla, mientras tiende a la felicidad eterna del hombre, trabaja también necesariamente por la verdadera felicidad temporal.

36. **j) Llamado paternal a los descarriados.** No podemos dar fin a esta Carta Encíclica sin dirigir una palabra a aquellos hijos Nuestros que ya están atacados, o poco menos, del mal comunista. Los exhortamos vivamente a que escuchen la voz del Padre que los ama y rogamos al Señor que los ilumine para que abandonen la resbaladiza senda que arrastra a todos a una inmensa y catastrófica ruina y que reconozcan también ellos que el único Salvador es JESUCRISTO Señor Nuestro, *porque no hay bajo el cielo ningún otro nombre dado a los hombres, por el cual podamos ser salvados*(50).

37. **Epílogo: San José modelo y Patrono.** Para apresurar la tan deseada 106
paz de Cristo en el reino de Cristo(51) ponemos la grande acción de la Iglesia católica contra el comunismo ateo universal bajo la égida de SAN JOSÉ, poderoso Protector de la Iglesia. Perteneció a la clase trabajadora y experimentó el peso de la pobreza tanto en sí como en la Sagrada Familia, de que era vigilante y afectuosa cabeza y a él fue confiado el divino Infante, cuando HERODES envió contra éste sus sicarios. Con su vida de fidelísimo cumplimiento de los deberes diarios dejó un ejemplo a todos los que deben ganar el pan con el trabajo de sus manos y mereció ser llamado el Justo, dechado viviente de la justicia

(50) Act. 4, 12.

(51) El programa del Papa Pío XI, enunciado en su primera Encíclica *Ubi arcano*, 23-XII-1922, AAS. 14 (1922) 691; véase en esta Colecc.: Encicl. 128, 16, pág. 1011-12. Cf. Col 3, 15; Efes. 2, 17; Juan 14, 27.

cristiana que debe dominar en la vida social.

Con la mirada hacia arriba, Nuestra fe ve los nuevos cielos y la nueva tierra de que habla SAN PEDRO, Nuestro primer Antecesor(52). Mientras las promesas de los falsos profetas se resuelven en esta tierra en sangre y en lágrimas, la grande apocalíptica profecía del Redentor del mundo resplandece con celestial belleza: *He aquí que hago nuevas todas las cosas*(53).

Venerables Hermanos, no Nos queda sino levantar las paternales manos y hacer descender sobre Vosotros, sobre Vuestro clero y pueblo, y sobre toda la gran familia cristiana la Apostólica Bendición.

Dada en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de San José, Patrono de la Iglesia Universal, el día 19 de Marzo de 1937, año 16 de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XI.

(52) II Pedr. 3, 13; véase Is. 65, 17; 66, 22; Apoc. 21, 1.

(53) Apoc. 21, 5.